

Mié
25 Dic

Homilía de Natividad del Señor

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres”

Introducción

Pendiente de publicación

Estará disponible las semanas previas a esta fecha



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Soy un sacerdote dominico nacido en Quirós, Asturias. Después de mi paso por la escuela apostólica de Corias continué el proceso de formación institucional hasta el año 1960. Durante veintiocho años he estado dedicado a la enseñanza media en colegios de la Orden. Fui elegido prior provincial de la provincia de España y luego asistente del Maestro de la Orden para España, Portugal e Italia. Después he sido profesor de Antropología, Hecho religioso y Teología espiritual en Santo Domingo (Rep. dominicana) y profesor en las Escuelas de Teología de San Esteban, y Fray Bartolomé de las Casas de Madrid-Atocha. Ahora soy profesor en la Escuela de Teología por Internet, ETI. Amo la montaña y disfruto con la lectura de escritores consagrados.

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 52, 7-10

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que pregon a la justicia, que dice a Sión: «¡Tu Dios reina!»». Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén. Ha descubierto el Señor su santo brazo a los ojos de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios.

Salmo

Salmo 97, 1bcde. 2-3ab. 3cd-4. 5-6 R/. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. R/. El Señor da a conocer su salvación, revela a las naciones su justicia. Se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. R/. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad. R/. Tañed la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 1, 1-6

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de la Majestad en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles, cuanto más sublime es el nombre que ha heredado. Pues, ¿a qué ángel dijo jamás: «Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy»; y en otro lugar: «Yo seré para él un padre, y el será para mí un hijo»? Asimismo, cuando introduce en el mundo al primogénito, dice: «Adórenlo todos los ángeles de Dios».

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 1-18

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un

hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos ha llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Pautas para la homilía

Cielo y tierra se unen: lo grandioso y lo sencillo

No cabe duda que la sencillez y cercanía que tiene la Navidad según el relato del evangelio de Lucas en la misa del Gallo, y que se expresa en la representación que se hace en los nacimientos, queda un tanto desbordada por el texto evangélico de Juan en esta misa, llamada “del día”. Todo lo que en el relato de Lucas hay de sencillo episodio de nuestro mundo, que entra por los ojos, es en Juan visión elevada que abrumba por su grandiosidad. La Navidad es precisamente conjugar lo sencillo con lo grandioso, un niño con Dios, la noticia de que ha nacido un niño con la de que Aquel por quien todo fue hecho se hace carne humana. En definitiva es conjugar la vida divina y la humana.

Esa unión de lo que supera nuestra capacidad de conocer con lo que es evidente a nuestros ojos, de Dios con la Humanidad, ha sido una decisión del mismo Dios. Es Él quien decide hacerse carne. No ángel, ni espíritu humano, sino carne, es decir hombre en su dimensión total de espíritu y carne. Se hizo uno de nosotros y habitó en medio de nosotros, se sometió a las decisiones que los seres humanos tomamos unos respecto a otros, pasó por las alegrías y las penas de cualquier vida humana.

¿Por qué Dios vino a nosotros?

¿Por qué hizo esto? Con un fin único salvar al ser humano, elevarle a una condición, a una dignidad que él no podía imaginar. Lo hizo para hacer ver, poder palpar, lo importante que es el ser humano a los ojos de Dios. En efecto, la Navidad es la fiesta de la humanidad, de la grandiosidad del ser humano. A partir de la Navidad, la naturaleza humana, la condición humana, es condición del ser de Dios, es naturaleza de Dios, Él la ha asumido. Y la ha asumido en su pobreza, en su debilidad, como naturaleza de un niño. ¿Cuándo el ser humano podía imaginar ser así considerado por Dios? Porque una cosa es que “ninguna nación tenía un Dios tan cercano” como confiesa el pueblo judío, y otra que la cercanía se convirtiera en hacerse hombre, carne humana, uno de ese pueblo.

Nuestra reacción ante la Navidad

Podemos alabar, gritar, la generosidad de Dios para con nosotros y nos quedaremos muy cortos. Pero sobre todo lo que la Navidad nos proclama es la dignidad del ser humano por el hecho de serlo, sea cual sea su edad, sus cualidades o defectos, su integridad o su degradación, su raza, su condición social...etc. Todo ser humano es carne de Dios.

La Navidad es el gran desafío a ver qué hacemos con nuestra condición humana, la que poseemos cada uno y la que los demás poseen. Si Dios se ha rebajado, haciéndose uno de tantos, como dice san Pablo, para liberarnos de lo que nos degrada, ¿qué hacemos nosotros para que nada degrade nuestra dignidad y la de los demás? ¿Cómo nos tratamos y cómo tratamos a los demás?

En Navidad Dios vino a nosotros para que fuéramos conscientes de nuestra dignidad, y, por tanto de lo que estamos llamados, individualmente y como familia humana, a ser. Es necesario mirar a Dios para alabarle y bendecirle, como hicieron ángeles y pastores en el relato de Lucas; pero sobre todo hemos de volver la vista hacia nosotros para ver si nos sentimos hijos de Dios, nacidos no sólo de amor carnal, de amor humano, sino también del amor de Dios, como dice el evangelio de Juan. Y si sentimos lo mismo respecto a los demás. No experimentar esa presencia dignificante de Dios en nosotros sería pertenecer al grupo de aquellos, de los que se dice en el texto evangélico: “vino a su casa, pero los suyos no le recibieron”. Si fuera así, no habría ninguna razón para celebrar la Navidad, es decir: la presencia de Dios entre nosotros, como un niño.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Soy un sacerdote dominico nacido en Quirós, Asturias. Después de mi paso por la escuela apostólica de Corias continué el proceso de formación institucional hasta el año 1960. Durante veintiocho años he estado dedicado a la enseñanza media en colegios de la Orden. Fui elegido prior provincial de la provincia de España y luego asistente del Maestro de la Orden para España, Portugal e Italia. Después he sido profesor de Antropología, Hecho religioso y Teología espiritual en Santo Domingo (Rep. dominicana) y profesor en las Escuelas de Teología de San Esteban, y Fray Bartolomé de las Casas de Madrid-Atocha. Ahora soy profesor en la Escuela de Teología por Internet, ETI. Amo la montaña y disfruto con la lectura de escritores consagrados.

Evangelio para niños

Navidad - 25 de diciembre de 2013

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros

Juan 1, 1-18

Evangelio

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa. Y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.....

Explicación

Por medio de Jesús, Dios no ha hablado de un modo especial, y por eso decimos que Jesús es la mejor Palabra de Dios. Esa palabra se hizo humanidad en el niño nacido de María de Nazaret. Unos le acogieron y otros le rechazaron. Y a cuantos le recibieron les ha descubierto que son hijos amados de Dios y que tienen un Padre estupendo. Quienes rechazaron a Jesús, no lo podrán saber, pero con todo, también ellos son hijos queridos de Dios. Lo cierto es que Dios vino a vivir con nosotros, a través de Jesús. Eso quiere decir que puso su tienda entre nosotros. Se hizo muy cercano. Cada año en la Navidad lo recordamos de modo especial y con alegría hacemos una fiesta grande.